

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., *Historia, Hombres, Dios*, Ed. Cristiandad, Madrid 2005, 659 pp.

El jurado que galardonó a Olegario González de Cardedal con el Premio Castilla y León 2004 de las Ciencias Sociales y Humanidades, justificaba haberlo por su “espléndida actividad académica en el campo de la Teología y la Filosofía, por sus aportaciones en relación con los problemas educativos, éticos y sociales de España, por la belleza de su estilo con el que ha conseguido crear un lenguaje teológico propio; así como por su actividad periodística y su fidelidad a la región castellana y leonesa”. Pero al tiempo que celebramos y compartimos las motivaciones de la mencionada distinción, quizás corresponda enfatizar su empeño en ser testigo fiel del Evangelio “entre las presiones del mundo y los consuelos de Dios”. Bien lo traslucen las ideas de esta obra que, sin remedar sino rememorar la obra tan temprana como clásica de Zubiri *Naturaleza, Historia, Dios* (1944), nos ofrece Olegario G. de Cardedal, tras cuarenta años de fecundas reflexiones, su *Historia-Hombres-Dios* o *Dios-Hombres-Historia* como un fruto cierto, y tal como nos confiesa entrañablemente el propio autor, meditado y vivenciado “por el camino orante que va de la Iglesia a la Universidad; por el camino analítico que va la Iglesia a la Universidad, y por el camino creador y crítico que va de desde ambas hasta la plaza pública”. Aunque Olegario G. de Cardedal siga regalándonos con muchas obras más, en esta que presentamos percibimos bastantes síntesis antológicas de sus publicaciones, muchas confidencias y se nos antoja entrever alguna intención de memorial. La estructura de la obra se desenvuelve al hilo de los tres núcleos que evocan su mismo título. En

efecto, en la primera parte, el autor, siempre fiel vigía de las circunstancias, se empeña en conocer, discernir e interpretar los signos de los tiempos, e invita a preguntarnos: ¿Dónde estamos hoy? ¿Cuáles son las amenazas y las responsabilidades primordiales de la humanidad actual? ¿Qué dice el Espíritu Santo a las iglesias y qué oídos necesitamos para escucharle? Interrogantes que articula y que desgrena en torno a tres núcleos: el ético, el demográfico y el destino de Europa, para valorar la vida, el sentido de la existencia, la perduración de lo humano, la existencia cristiana y de la Iglesia en el acontecer histórico de nuestros días. En la segunda parte perfila ocho semblanzas de maestros, compañeros y amigos del autor, confidenciándonos que gracias a ellos *ha sido hombre, cristiano, teólogo, español en medio de otros muchos*. Con la frase subrayada *-necesitamos en la vida padres, maestros, amigos, guías-* (p. 217), enuncia y proclama un reconocimiento agradecido a algunos de los que encendieron sus deseos y decisiones, sus proyectos y sentido de la existencia desde la lógica de fe alimentada por la ética, la estética y la creencia vivenciada. Es un retablo de ocho figuras ejemplares de humanidad, ilustres porque ilustran y de procedencia y polícromías variadas: Jorge Ruiz de Santayana, Gertrude von Le Fort, Alfonso Querejazu Urriolagotia, Hans Urs von Balathasar, Pedro Laín Entralgo, Julián Marías, Juan Luis de la Peña, Fernando Sebastián Aguilar y Gaspar Morocho. Concluye con la tercera parte preguntándose por la relación de Dios con nuestro mundo: ¿Quién y cómo es Dios? ¿Cuál es la relación originaria con su criatura para tener destino común ella? ¿Por qué Dios tiene historia y suerte, naturaleza y destino común con los morales? Si Olegario G. de Cardedal es siempre magistral y sus exposiciones antológicas, las reflexiones que vierte en esta obra están cargadas de madurez serena y de tanta sabiduría como de poesía regeneradora. Aquí el teólogo y humanista vuelca el corazón de manera estremecida, exhibe virtuosismos y artificios desusados, juega con las coordenadas de la historia humana en Dios, y recrea la mente y el corazón, reconforta el ánimo, ilustra ejemplarmente con una fe esperanzada, y nos regala confidencias, creencias, nostalgias y vivencias tan apasionadas como sabias, propias de un contemplativo atento a Dios, a los designios divinos de la historia, a su propia mismidad itinerante, en conversión y trascendencia mantenidas, mientras acompasa con el poeta no sé qué melancolías: “por un camino de oro voy... ¿Adónde, otoño? ¿Adónde, pájaros y flores?”.